

dente un saludo supremo: la espalda convexa, cóncavo el pecho cuanto se lo permitia su panza, abiertos los brazos y tocándole casi al suelo la cabeza.

Si Herodes hubiese seguido con la mirada al intendente del conde de Pommereuil hasta el extremo de la calle, quizás hubiera notado, cosa contraria á las leyes de la perspectiva, que su talla se agrandaba en razon inversa de la distancia. Sus encorvadas espaldas se habian enderezado, el temblor senil de sus manos habia desaparecido, y su andar, por lo ligero, nada tenia de gotoso; pero Herodes habia ya entrado de nuevo en la posada y nada de eso vió.

El miércoles por la mañana, mientras los mozos de la hostería cargaban las decoraciones y fardos en una carreta con un tiro de dos vigorosos caballos alquilada por el Tirano para el transporte de la compañía, un lacayo de elegante librea, caballero en un jaco, se presentó haciendo chasquear su látigo á la puerta de la posada, á fin de activar la partida de los cómicos y servirles de guia.

Las mujeres, que son siempre perezosas en levantarse y tardías en componerse, aun las comediantas, que tienen por costumbre vestirse y desnudarse en un santiamen á causa de los cambios de trajes que exige el teatro, bajaron por fin y se acomodaron como mejor pudieron en las tablas forradas de paja que habian sido suspendidas de los adrales de la carreta.

A las ocho, cuya hora señaló el muñeco de la Samaritana dando otros tantos martillazos sobre su timbre, conmovióse la pesada máquina y se pusieron en marcha.

Apenas trascurrida media hora, la carreta habia atravesado ya la puerta de San Antonio y la Bastilla, cuyos haces de torres se miraban en la negra agua de sus fosos. Franquearon luego el arrabal y sus miserables cultivos sembrados de pobres casas, y echaron á andar á campo atravesado en direccion de Vincennes, que dejaba ver á lo léjos su torre detrás de una ligera cortina de azulado vapor, resto de la humedad

nocturna que se disipaba á los rayos de Febo, como el humo de un cañonazo que dispersa el viento.

Como los caballos estaban bien alimentados y andaban á buen paso, pronto llegaron al pié de la vieja fortaleza cuyas góticas obras de defensa conservaban todavia buen aspecto aunque no fuesen capaces de resistir el fuego de los cañones y de las bombardas. Las doradas medias lunas que coronaban los minaretes de la capilla construida por Pedro de Montereau, brillaban alegremente por encima de las murallas como orgullosas de hallarse al lado de la cruz, signo de redencion.

Despues de admirar por unos minutos este monumento del antiguo esplendor de nuestros reyes, penetraron en un bosque, donde, entre zarzales y resalvos, se elevaban magestuosamente algunos añosos robles, contemporáneos sin duda del debajo del cual San Luis hacia justicia, ocupacion nobilísima para un monarca.

Como el camino no era muy frecuentado, de vez en cuando algunos conejos refocilándose y pasándose la pata por los mostachos quedaban sorprendidos á la llegada de la carreta que no habian oido, pues rodaba sordamente á causa de lo blando del terreno y estar este á menudo tapizado de verde yerba. Aguzaban entonces los tímidos animales sus largas orejas y echaban á correr á escape cual si á sus alcances se disparara una jauría, lo que divertia en gran manera á los cómicos. Más léjos, una corza cruzaba el camino despavorida, y podíase durante algun tiempo seguir con la mirada su fuga á través de los desnudos árboles. Sigognac más que todos sentia interés por esas cosas, educado y criado como habia sido en el campo. Regocijábale ver la campiña, espinares, bosques y animales en libertad, espectáculo del que estaba privado desde que vivia en la ciudad, donde sólo se ven casas, cenagosas calles y humosas chimeneas, obra de los hombres y no de Dios, y en la que se hubiera muerto de fastidio sin la compañía de aquella dulce mujer, el azul de cuyos ojos reemplazaba el del firmamento.

Al salir del bosque encontraron una pequeña cuesta.  
—Alma mia, —dijo Sigognac á Isabel, —mientras la carreta subirá lentamente esta cuesta, ¿querriais bajar y dar un paseito apoyada en mi brazo? Esto os calentará los piés y os desencojerá las piernas. El camino es compacto, y hace un hermoso dia de invierno claro, fresco y picante, aunque no muy frio.

Aceptó la jóven comedianta el ofrecimiento de Sigognac, y colocando el extremo de sus dedos en la mano que este le ofrecia, saltó al suelo con ligereza. Era un medio de conceder á su amante una inocente intimidad que le hubiera rehusado en la soledad de una habitacion cerrada.

Ora caminaban casi levantados por su amor y rasando el suelo como pájaros, ora se detenian á cada paso para contemplarse y disfrutar del placer de estar juntos, con los brazos enlazados y las miradas sumergidas en los ojos el uno del otro.

Sigognac decia á Isabel cuánto la amaba, y aunque habia repetido lo mismo veinte veces, parecíanle á la jóven siempre nuevas estas palabras, como debió acontecerle á Adán cuando pronunció la primera, el dia siguiente de la creacion, al ensayar la voz. Como era alma de sentimientos los más delicados y desinteresados, la jóven actriz procuraba con fingidos enojos y cariñosas negativas contener en los límites de la amistad un amor que ella no queria alentar, por juzgarlo perjudicial para el porvenir del Baron.

Pero esos deliciosos altercados y disputas no hacian más que avivar el amor de Sigognac, que en aquel momento no pensaba en la desdeñosa Yolanda de Foix más que si no hubiese existido.

—Por más que hagais, querida mia, —decia el Baron á su amada, —no alcanzareis á fatigar mi constancia. Si es preciso, aguardaré que vuestros escrúpulos se hayan disipado por sí mismos hasta que vuestros hermosos cabellos de oro se hayan trocado en hilos de plata.

—¡Oh! —exclamó Isabel, —entonces yo seria un verdadero remedio contra el amor y fea á espantar el ánimo más valeroso; temeria entonces castigar vuestra fidelidad en vez de recompensarla.

—Vos, al igual que la hermosa vieja de Maynard, á los sesenta años conservareis todavía vuestros encantos, —respondió galantemente Sigognac, —pues vuestra belleza viene del alma, que es inmortal.

—Lo mismo da, —repuso la jóven, —os veriais cogido de medio á medio si os tomase la palabra y os prometiese mi mano para la época en que yo contase sólo diez lustros de edad. Mas, —prosiguió Isabel recobrando su seriedad, —dejémonos de chanzas; ya sabeis mi resolucion, contentaos pues con ser amado más que lo fué jamás mortal alguno de desde que palpitan corazones sobre la tierra.

—Convengo en que tan encantadora confesion deberia satisfacerme; pero, como mi amor es infinito, no podria resistir ninguna valla. Dios puede decir al mar: «No irás más lejos,» y ser obedecido. Una pasion como la mia no conoce orillas y sube, sube siempre, aunque con vuestra voz celestial le dijeseis: «No pases de ahí.»

—No me digais esas cosas, Sigognac, que me contrariais, —exclamó Isabel haciendo al baron una mueca más graciosa que la más encantadora sonrisa; pues, á pesar suyo, su alma se sentia inundada de gozo á aquellas protestas de un amor que ninguna frialdad bastaba á entibiar.

Sigognac, temiendo que una insistencia mayor desagradaria á la que él queria más que á su vida, guardó silencio.

De repente Isabel abandonó bruscamente el brazo de su amigo y corrió hácia el borde del camino más lijera que una corza y exhalando un grito infantil. Acababa de ver, á espaldas de una zanja, al pié de un roble, entre las hojas secas amontonadas por el invierno, una violeta, la primera del año sin duda, pues todavía corria febrero; arrodillóse, apartó suavemente las hojas secas y las briznas de yerba, cortó con

su uña el frágil tallo y volvió con la florecita más contenta que si hubiese hallado un broche de pedrería olvidado sobre el musgo por una princesa.

—Ved que linda es,—dijo la jóven mostrándola á Sigognac,—con sus hojas apenas abiertas á este primer rayo del sol.

—No es el sol,—respondió Sigognac,—sinó vuestra mirada quien la ha hecho abrirse. Su flor tiene precisamente el color de vuestras pupilas.

—No exhala perfume porque tiene frio,—repuso Isabel, colocando en su gorguerita la friolenta flor.

—Al cabo de algunos minutos, volviola á tomar, la aspiró largamente y la tendió á Sigognac, despues de depositar furtivamente un beso en ella, y dijo:

—¡Qué aroma más grato despide ahora! el calor de mi seno le ha hecho exhalar su pequeña alma de flor tímida y modesta.

—Vos la habeis perfumado,—respondió Sigognac, llevando la violeta á sus labios para robar el beso de Isabel;—este suave y delicado olor nada tiene de terrestre.

—¡Ah! miren el malo,—exclamó Isabel,—le doy con toda sencillez una flor á oler, y héle ahí sutilizando *concetti*, como si en lugar de encontrarse en mitad de un camino galantease en un tocador á alguna dama ilustre. Es incorregible; á toda palabra, aun la más sencilla del mundo, responde con un madrigal.

Sin embargo, á despecho de su aparente enojo, la jóven cómica no tenia, sin duda, mucha ojeriza á Sigognac, puesto que volvió á tomar el brazo de éste y quizá aun se apoyó en él con más fuerza que lo exigian su andar, de ordinario tan ligero, y el camino, firme y llano en aquel sitio como la alameda de un jardin. Lo que prueba que la más pura virtud no es insensible á la alabanza y aun que la modestia sabe recompensar una lisonja.

La carreta subia con lentitud por una pronunciada cuesta, al pié de la cual se agrupaban algunas chozas, como para

ahorrarse el trabajo de subirla. Los palurdos que las habitaban se habian ido al campo para librarse á sus faenas agrícolas, y no se veia en el linde del camino otro sér viviente que un ciego acompañado de un lazarillo, que sin duda permanecia allí para implorar la caridad de los viajeros.

Aquel ciego, al parecer agobiado bajo el peso de los años, salmodiaba con tono gangoso una especie de lamento, en el que deploraba su ceguera é imploraba la caridad de los transeuntes, prometiéndoles rezar por ellos y garantizándoles el paraíso en cambio de su limosna. Mucho tiempo hacia ya que su lamentable voz habia llegado á oídos de Isabel y de Sigognac, como un zumbido incómodo á través de sus dulces amorosos coloquios, y aun habia provocado la impaciencia del Baron; y se comprende que así sucediese, pues cuando uno oye cantar el ruiseñor á su lado, cansa y aburre oír á la espalda el graznido del cuervo.

Cuando la dichosa pareja llegó cerca del viejo mendigo, este, advertido por su guia, redobló sus gemidos y sus súplicas. Para excitar su piedad á la largueza, sacudia bruscamente una cajita de madera en la que resonaban algunos liards, dineros, blancas y otras monedas de poco valor. Un andrajo agujereado le rodeaba la cabeza, y sobre su espalda, encorvada como arco de puente, llevaba una gruesa y pesada manta de lana oscura, de tejido muy grosero, hecha más bien para bestia de carga que para un cristiano, y que sin duda habia el ciego heredado de algun mulo muerto de lamparones ó de roña. Sus ojos, de los que sólo se le veia el blanco, producian sobre aquel curtido y arrugado rostro un efecto asqueroso, y la parte inferior del semblante le desaparecia detrás de una barba larga y entrecana, digna de un hermano capuchino ó de un ermitaño, que le caia hasta el obliquo, como un antípoda de cabellera. De su cuerpo no se le veian más que las manos que las sacaba temblorosas por la abertura de la manta para sacudir la escudilla de la limosna. En señal de piedad y de sumision á los decretos de la Providencia, el cie-

go estaba arrodillado sobre algunas briznas de paja más triturada y podrida que la del antiguo muladar de Job. La con-miseracion debia estremecerse de disgusto delante de aquel andrajó humano, al que la limosna le arrojaba su óbolo desviando los ojos.

El niño, de pié al lado del ciego, tenia un aspecto hurraño y montaraz. Su rostro estaba medio velado por los largos mechones de negros cabellos que le llovian á lo largo de las mejillas. Un viejo y desfondado sombrero, demasiado grande para él, y recogido de entre algun monton de basura, le bañaba de sombra lo alto de la cara, no dejando en luz mas que la barba y la boca, cuyos dientes brillaban con blancura siniestra. Una especie de sayo de grosera tela apedazado componia su traje y dibujaba su enjuto y nervioso cuerpo que, á pesar de tanta miseria, no carecia de elegancia. Los piés, que los llevaba desnudos, los tenia pequeños y de forma delicada y hacian resaltar su color encarnado sobre la fria tierra.

Isabel sintióse conmovida al aspecto de aquel lastimero grupo en el que se hallaban reunidos los infortunios de la vejez y de la infancia, y se detuvo delante del ciego, que dejaba escapar paternostres por su boca con volubilidad creciente acompañado de la voz chillona de su guia, buscando en su bolsillo una moneda para darla al mendigo. Mas no encontrando, volvióse hácia Sigognac, y le rogó que le prestase un teston ó dos, á lo que accedió de buena gana el Baron, por más que aquel ciego, con sus jeremiadas, no le agradase mucho; pero como hombre atento y cumplido que era, para evitar que Isabel se acercase á aquella sabandija, quiso él mismo depositar la moneda en la escudilla.

Entonces, en vez de agradecer á Sigognac la limosna, el mendigo tan encorvado se irguió de repente, con gran espanto de Isabel, y abriendo los brazos como buitre que, para emprender el vuelo, bate las alas, desplegó su gran manta bajo la cual parecía agobiado y la arrojó con movimiento igual al de los pescadores al tirar la red en un estanque ó

rio. La pesada tela fué á caer como una nube sobre la cabeza de Sigognac, le cubrió y cayó pesadamente á lo largo de su cuerpo, pues tenia las orillas emplomadas como una red, privándole al mismo tiempo que de la vista y la respiracion, del uso de las manos y de los piés.

La jóven actriz, petrificada de espanto, quiso gritar, huir, pedir socoro, pero antes de que hubiese podido arrancar un sonido de su garganta, se sintió arrebatada con ligereza inaudita.

El viejo ciego, trocado en un minuto en jóven y de buena vista por infernal más que celeste milagro, la habia cogido por debajo de los brazos, mientras el muchacho le sostenia las piernas.

Ambos guardaban silencio y la llevaban fuera del camino.

Llegado que hubieron detrás de las ruinas, encontraron un hombre enmascarado montado en brioso caballo, que les estaba aguardando.

Dos hombres más, tambien montados, enmascarados y armados hasta los dientes, estaban escondidos detrás de una pared que impedia verles desde el camino, prestos á acudir, en caso necesario, en auxilio del primero.

Isabel, más que medio muerta de miedo, fué colocada sobre el arzon de la silla, cubierto con una capa plegada en muchas dobleces, para que formase una especie de cogen. El ginete le rodeó la cintura con una correa de cuero bastante larga para atarse él mismo á la altura de los riñones y, arregladas así las cosas con rapidez y destreza que probaban larga práctica en materia de raptos atrevidos, picó espuelas á su caballo que se afirmó sobre sus corvejones y partió á un paso que demostraba que la doble carga que llevaba no le era muy pesada, aunque es cierto que la jóven comedianta no lo era mucho.

La escena que acabamos de describir pasó en ménos tiempo que el que se necesita para explicarla.

Sigognac se removia debajo de la pesada manta del distra-